LA ELECCIÓN DE LA ESPERANZA

¿Es atrevido decir que la esperanza es una elección! Esto estaría muy en contradicción con la avalancha de información que cae cada día en nuestras pantallas, en nuestros periódicos, incluso con los numerosos rumores que circulan: miremos la situación en Ucrania, en Palestina, en Sudán... y también estas pequeñas guerras latentes que surgen periódicamente y que algunos de nosotros conocemos. También son preocupantes las situaciones políticas, incluso en países que hasta ahora habían disfrutado de cierta estabilidad gracias a un sistema democrático probado. Los Jefes de Estado elegidos de forma totalmente transparente ocultan o revelan intenciones dignas de grandes dictadores. El mundo del dinero se convierte en el del poder. ¡Y nuestra Iglesia tampoco se salva! A nivel personal, podemos experimentar el desafío de la edad, la jubilación, las dificultades laborales y de vivienda, el aislamiento y el alto costo de vida. Aquí tenemos todas las buenas razones para desesperarnos por el futuro e incluso el presente.

¿Es esto realmente específico de nuestros tiempos? Hace unas semanas acabamos de celebrar el nacimiento de Jesús nuestro Salvador. Muchos peligros ya se cernían sobre la guardería visitada por los pastores, hombres más o menos marginados. debido a su profesión, también visitados por estos sabios extranjeros venidos de lejos. Y ahora el rey Herodes ya va a atacar al niño Jesús, por temor a que él ocupe su lugar. La familia de Nazaret, después de verse obligada a ir a Belén para el censo, se vio obligada a exiliarse hasta la muerte del tirano. La situación en Palestina no es la más alentadora: el ocupante romano está planteando exigencias muy duras al pueblo. El poder religioso, en manos de una gran familia sacerdotal, presiona a la gente común constriéndola con prácticas imposibles. La corrupción es frecuente tanto por parte de los ocupantes como por parte de los ocupados.

Y Jesús vivirá 30 años en estas condiciones en Nazaret, en total incógnito, en la sencillez de una vida absolutamente ordinaria, al ritmo de las estaciones y de las fiestas religiosas. Hasta el día en que, impulsado por el Espíritu, saldrá de este anonimato y declarará en la sinagoga de su pueblo:

“El Espíritu del Señor está sobre mí... Me ha ungido para llevar la Buena Nueva a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del Señor” Lucas 4:18-19.

Teniendo en cuenta una profecía de Isaías (61,1-2), él acaba de encender la hermosa llama de la Esperanza en su mundo atormentado. Pero al final será expulsado por la gente de su propio pueblo, que no se toma en serio a este predicador improvisado que todo el mundo cree conocer.

¿Han cambiado tanto los tiempos? Lo que estaba sucediendo en Palestina todavía se repite en nuestro mundo.

EL JUBILEO: “UN AÑO DE LA GRACIA DEL SEÑOR”

Si he decidido comenzar estas líneas con una visión más bien pesimista, es para mostrar que la esperanza no es una elección fácil, sino que está arraigada en la vida misma de Jesús desde los primeros momentos de su existencia terrena. Lo que vino a traer al mundo fue un gran soplo capaz de renovarlo, pero también de fundar una comunidad que se hiciera cargo de su misión. Esta cadena de transmisión de la Esperanza no se ha detenido hasta nosotros. Jesús anunció “un año de gracia del Señor”. Y aquí entramos en un “Año Jubilar”, significado simbólicamente por la

apertura de una de las puertas de las Basílicas de Roma y del mundo reservadas a este efecto. Nuestro Papa Francisco nos invita a hacernos “Peregrinos de la Esperanza”.

“Todo el mundo tiene esperanzas. La esperanza está contenida en el corazón de cada persona como deseo y expectativa de bien, aunque sin saber lo que le deparará el mañana. La imprevisibilidad del futuro suscita a veces sentimientos contradictorios: de la confianza al miedo, de la serenidad al desánimo, de la certeza a la duda. A menudo nos encontramos con personas desanimadas que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera traerles la felicidad. Que el Jubileo sea para todos una oportunidad para reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar las razones (“La esperanza no decepciona” N°1).

Por eso fuimos invitados a atravesar esta puerta, a convertirnos en “Peregrinos de la Esperanza”. » para reavivar esta pequeña llama quizás parpadeante: es el Espíritu mismo del Señor en nosotros. Si todavía no se ha hecho, demos el primer paso, siempre es el primero el que cuesta. Podemos tener dudas, como si esta invitación fuera una ilusión. Pensemos en los discípulos de Emaús que regresaban de Jerusalén la tarde de la resurrección de Jesús: “Esperábamos que él libraría a Israel” (Lc 24,21). Sus ojos se volvieron hacia la desesperación y la muerte mientras el mismo Jesús estaba entre ellos. Fue al partir el pan cuando se les abrieron los ojos: el signo de este compartir fue suficiente para que despertara su fe. Y los dos peregrinos regresan a Jerusalén para anunciar esta buena noticia a sus compañeros.

Si nuestra esperanza se pone a prueba, abramos los ojos. ¿No viaja Cristo con nosotros?

ESPERANZA, CREE, AMA.

Pero ¿qué es la esperanza? ¿En qué podemos basar nuestra Esperanza? Fe, Esperanza y Amor son hermanas trillizas inseparables. No pueden vivir sin los otros dos, aunque no tengan exactamente el mismo rostro. Son hermanas, es la misma sangre que corre por sus venas: la de Jesús que dio su vida por nosotros y por los hijos de Dios dispersos.

“La esperanza”, escribe el Papa Francisco, “en efecto, nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz... Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe que comienza con el bautismo. , se desarrolla en docilidad a la gracia de Dios, animado en consecuencia por la esperanza siempre renovada e inquebrantable por la acción del Espíritu Santo (2)

La esperanza nace de la fe en Jesús, alimentada por el amor que brota de su Corazón traspasado. El Papa Francisco cita la carta de Pablo a los romanos (2):

“...nos enorgullecemos de la esperanza de compartir la gloria de Dios. [...] La esperanza no defrauda, ya que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,1-2.5).

Crear nos despierta a la vida cristiana, hemos hecho la elección y la volvemos a hacer en los momentos fuertes de nuestra vida. La fe es una base sólida y sostiene a los otros dos. Es ella quien nos abre a la Esperanza y nos permite pasar por la puerta, y nos hace “Peregrinos de la Esperanza”.

“No es casualidad que la peregrinación sea un elemento fundamental de cualquier evento jubilar. Empezar es propio de quien va en busca del sentido de la vida” (5).

Esperar, creer y amar dan sentido a nuestra existencia, y vemos a nuestro alrededor que nuestro mundo carece de sentido, y a veces busca colmar esa carencia con artificios fugaces. ¿Cómo implementarlo en nuestra vida?

DAN CARNE A NUESTRA ESPERANZA.

La esperanza necesita hacerse carne en nuestras vidas y no puede dejarnos en las nubes como si fuera sólo un sueño. Y esto sólo se puede hacer saliendo de nosotros mismos. Jesús proclamó la Buena Nueva del Reino de Dios, pero concretó sus palabras con acciones: sanar a los enfermos, perdonar a los pecadores, poner de pie a los desesperados ofreciéndoles un futuro. Éste fue su proyecto en la sinagoga de Nazaret, y toda su vida pública fue su desarrollo. El apóstol Pedro dijo de él en pocas palabras: “Anduvo haciendo el bien” (Hechos 10,38). El hermano Carlos, incapaz de anunciar el Evangelio con sus palabras, seguirá este camino eligiendo el ministerio pastoral de la bondad. Y esta bondad está a nuestro alcance, repite el Papa Francisco:

“Por eso el apóstol Pablo nos invita: “Tened el gozo de la esperanza, estad firmes en la prueba, sed diligentes en la oración” (Rm 12,12). Sí, debemos “rebotar de esperanza” (cf. Rm 15,13) para dar testimonio de manera creíble y atractiva de la fe y del amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa, la caridad entusiasta; para que todos puedan dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe. 8)

Hace unos días, en enero, me estaba costando mucho volver al trabajo dada la noticia que les compartí al principio de este post. Además, era un lunes, después de las vacaciones, me encontré atrapada frente a mi computadora: ¡síndrome de la página en blanco! Y tenía que avanzar en este trabajo sobre Hope. Entonces, salí de mi oficina y fui a visitar a uno de mis viejos amigos que era tan mayor como yo, había trabajado mucho en el entretenimiento y vivía no lejos de mi comunidad. Se quedó ciego y vive en una pequeña habitación en el sexto piso de un apartamento sin ascensor. Baja todas las mañanas a ir a misa a una iglesia cercana, hace la compra, prepara su única comida del día... En fin, fui a verlo. Está en la oscuridad, a veces en el frío, solo. Pensé que le estaba dando un poco de consuelo, pero fue él quien, gracias a su serenidad, su paz interior, su fe, su esperanza de que el Señor vendría a buscarlo algún día, me consoló. Y regresé a casa conquistado por la gracia tranquila que emana de este hombre.

“La imagen del ancla evoca la estabilidad y seguridad que tenemos en medio de las turbulentas aguas de la vida si confiamos en el Señor Jesús. Las tormentas nunca podrán prevalecer porque estamos anclados en la esperanza de la gracia que es capaz de hacernos vivir en Cristo triunfando sobre el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho mayor que las satisfacciones cotidianas y la mejora de las condiciones de vida, nos lleva más allá de las pruebas y nos empuja a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que estamos llamados, el Cielo (Papa Francisco. n. 25).

París 16 de enero de 2025

+Claude Rault.